



LA FONT DE LA GOTA



ANTONIO RODES JUAN

Profesionales

La ciudad de Elche ha sido objeto en los últimos tiempos de múltiples alabanzas y piropos. Sin duda, el más contundente de ellos se encuentra en el reciente artículo del director de esta casa con el demoledor título «Alicante, capital Elche» que tanto subidón produjo en el pueblo. A una ciudad tradicionalmente tan poco reconocida como ésta resultaba de justicia un regalo de ese calibre. Sin embargo, sería de necios que ello sirviera para ocultar los problemas que, no obstante, tiene. Y, realmente, los tiene. Unos, funcionales, que afectan al recorrido que tiene por delante. Otros, estructurales, que afectan a su propia configuración y, por lo tanto, a sus potencialidades.

Uno que cabría adscribir a éstos últimos y, desde luego, no menor es el de la escasa presencia y menor influencia de los sectores profesionales en la sociedad ilicitana. La gran eclosión del calzado en los sesenta trajo consigo la consagración y mitificación de un sector social, los fabricantes. En esta columna se ha valorado sobradamente el muy defendible saldo que el empresariado ilicitano ha dejado a la ciudad. Sin embargo, su desarrollo también implicó partidas negativas en el balance. En su mayoría personas emprendedoras de extracción humilde, alentadas por una decidida voluntad de progresión individual y una tan grande como productiva dosis de osadía, los empresarios zapateros confiaron sólo en sí mismos para tirar del carro. Agotaron en primera persona

todas las funciones que en otros sectores quedaban encomendadas a los profesionales. A su propio impulso fiaron la dirección financiera, operativa, de marketing y comercial. Tan sólo un triste contable, un encargado y unos cuantos representantes al siete por cien constituían la estructura de la compañía. Movidos a un tiempo por la desconfianza y la ignorancia canibalaron la función profesional. Excelentes gestores, técnicos e intelectuales migraron a otros climas donde desple-

gar sus capacidades en lo que podríamos lamentar como nuestra particular fuga de cerebros. Ello habría de tener, inevitablemente, consecuencias.

Las ha tenido, y las tiene, desde el punto de vista económico. Hoy las economías industriales se están transformando en otras inspiradas en el saber. La economía del conocimiento. La sociedad de la información. Ese horizonte al que indefectiblemente nos vemos abocados requiere lo que se conoce como capital intangible. O sea, profesionales cada vez más cualificados. La historia y el progreso habrán de premiar inevitablemente a las sociedades capaces de pasar de la vieja a la nueva economía. Ese tránsito que algunas empresas, todavía muy escasas, están intentando hacer dotándose de recursos humanos de calidad.

Pero ha tenido, también, consecuencias sociales. Expulsados del aparato productivo, los profesionales ilicitanos se han visto alejados de su función social. El profesional —no confundir con las clases medias, concepto éste mucho más amplio y diverso— es el depositario de la inteligencia en el cuerpo social. Su influencia y su iniciativa se dejan ver poderosamente en la vida de una ciudad. No sólo en la cultura, donde constituyen un factor clave, sino en la configuración del tejido social donde les cabe la función atemperadora de tensiones, en la proyección de valores, creencias y actitudes. Estos sectores actúan como mediums entre la cúspide y la base de la sociedad, catalizadores de objetivos e integradores

de aspiraciones comunes. Esta capacidad hegemónica, no obstante, en Elche la ha acaparado, igualmente, el empresario en justa correspondencia con su voracidad funcional. Y, sin embargo, sus indiscutidas bondades en el terreno productivo en absoluto son trasladables a la otra vida de la ciudad en la que exhiben carencias de aptitud y estolidez intelectual. El empresario de éxito, por efímero que éste fuera, ha sido durante mucho tiempo el patrón de conducta de referencia. La enorme contradicción de una ciudad expansiva en lo económico y raquítica en lo cultural obedece en gran medida a este fenómeno.

La vieja estructuración de Elche en un núcleo empresarial liderando la vida de la ciudad y una amplia base proletarizada y a destajo es un modelo que ya no se corresponde con la realidad. Sin embargo, la nueva fórmula está por aparecer. En los próximos meses se va a jugar una partida decisiva para el futuro de estas tierras. Instituciones políticas y económicas han convenido en redefinir la provincia y el rol de sus actores. Elche deberá reivindicar a cara de perro su papel central en ese futuro. Para ese envite hará falta ir bien pertrechado de muchas cosas pero, sobre todo, de talento. **Antonio Martínez** y **Alfonso Vegara** han insistido en ello con lucidez y acierto en sendas entrevistas en estas páginas. Y resulta inquietante saber que hemos llegado a este momento huérfanos del sector social en el que suele anidar ese escaso bien. □